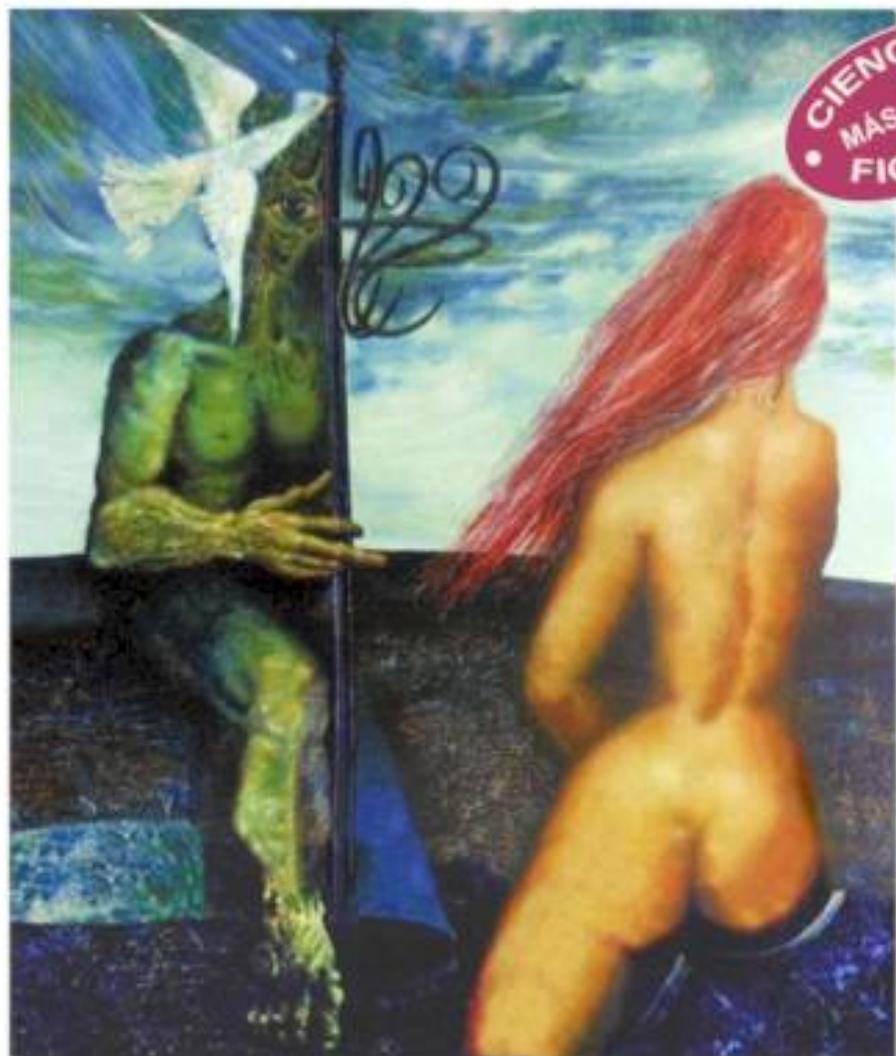

Theodore Sturgeon
El Soñador



Colección de tres relatos en los que Sturgeon utiliza la ciencia ficción como ambiente donde desarrollar profundos dramas humanos. El primero, que da título al libro podría considerarse una revisión de «La bella durmiente» en clave tecnológica. Con décadas de anticipación trató el tema de la clonación («Cuando se quiere, cuando se ama») y con una crudeza notable desarrollo la cuestión del incesto, en «Si todos los hombres fueran hermanos, ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana?»

«Esa libertad para dar, esa capacidad y ansiedad para recibir amor y darlo libremente en todas sus formas, es lo que hace que Sturgeon sea el personaje mítico que realmente es. Complejo, atormentado, luchador, bendecido por una gentileza increíble y por sobre todo talentoso». Harlan Ellison.

«... estilo podría ser el mejor término para definirlo, pues el autor es un virtuoso, posee una absoluta precisión para ordenar la cadencia de las palabras, alterando el sentido y la pulsación de su prosa con la seguridad con que un director compagina la música de fondo de un film». Sam Moskowitz.

*a Herbert F. Solow
sin quien la historia de Case
no hubiera podido ser escrita.*

PRÓLOGO

Theodore Sturgeon es un fenómeno surgido de Filadelfia, una criatura de ojos amarillos y barbita en punta, una voz de funebrero y la sonrisa original del dios Pan. Tuvo problemas en la escuela secundaria. Huyó hacia el mar, se hizo nudista, manejó una topadora, se casó y divorció, compuso música, redactó avisos comerciales y escribió fantasía, fumó cigarrillos con largas boquillas, se volvió a casar, reparó artefactos sin saber mucho del asunto. Su nota biográfica en *More Than Human (Más que humano)*, es tan descabellada como cualquier otra cosa que haya escrito y finaliza de esta manera:

Vive con su esposa e hijo, una guitarra de doce cuerdas y un camión preparado para correr, en el condado de Rockline, donde actualmente está escribiendo una ópera.

Creemos que empezar este prólogo con tal semblanza de Damon Knight, es dar a conocer algunas particularidades casi inéditas de Theodore Sturgeon, Nació el 26 de febrero de 1918 en St. George, State Island, Nueva York, y fue bautizado en la iglesia episcopal con los nombres de Edward Hamilton Waldo. Sus inclinaciones literarias provienen de su madre, una escritora y poeta anglo-canadiense que enseñaba literatura. Sus padres se divorciaron en 1927 cuando Edward tenía nueve años. La madre se volvió a casar en 1929 con un profesor de inglés de apellido Sturgeon. Dado que el muchacho mantenía relaciones poco

amistosas con su padre y además siempre le había gustado ser llamado Ted, resolvió convertirse en Theodore Hamilton Sturgeon, que actualmente es su nombre legal.

A la edad de doce años su familia se trasladó a Filadelfia, donde Ted ingresó a la escuela secundaria. Su carácter tímido y su endeble aspecto físico le valieron no pocas bromas crueles de sus compañeros. A raíz de esto comenzó a practicar gimnasia intensamente, llegando a desarrollar un buen físico y a dirigir el equipo de gimnastas de la escuela. La gimnasia acrobática se transformó en su pasión y ambicionó ser un profesional e ingresar al circo Barnum & Bailey. Pero poco tiempo después una fiebre reumática lo enfermó de gravedad, debilitando su corazón a tal punto que ya no pudo practicar deportes.

Terriblemente desilusionado ingresó a la Penn State Nautical School, donde se graduó como oficial de tercera. La escuela naval, con su reglamento estricto, le sirvió para poner en orden sus ideas. Se embarcó, trabajando durante tres años en el cuarto de máquinas de un viejo buque. A bordo comenzó a escribir sus primeros cuentos, que no tenían conexión alguna con la ciencia-ficción.

Sus relatos iniciales aparecieron en publicaciones de menor importancia a mediados de la década del treinta, pero no irrumpió en la ciencia-ficción hasta que John W. Campbell se hizo cargo de la dirección de la revista *Astounding* (actualmente *Analog*). Desde sus comienzos fue reconocido como uno de los formadores de la nueva imagen que la literatura de ciencia-ficción estaba adquiriendo en las páginas de la revista mencionada. Después de una buena cantidad de cuentos publicados (entre los que merece destacarse el memorable «It»), a principios de 1941 apareció «*The Microcosmic God*», en el cual realizó un minucioso y sesudo estudio del hombre como creador. Este cuento lo llevó a afianzarse en la ciencia-ficción, y de esta manera pudo dejar el mar y hacerse escritor profesional. Al llegar la guerra se unió a los Seabees (Abejas Marinas), cuerpo civil

de construcciones, y pasaron dos años sin que produjera nada en el campo literario.

En 1947 obtiene el primer puesto en un concurso de cuentos cortos organizado por la revista inglesa *Argosy* con «Bianca's Hands», escrito cuando tenía veintiún años y que había sido rechazado por todos los editores estadounidenses. En 1948 aparece su primer libro, una compilación de cuentos con el título de *Whithout sorcery*, prologado por Ray Bradbury.

En 1950 se edita su primer novela, *The Dreaming Jewels* (*Los cristales soñadores*) a la que seguirían *More Than Human* (1953) con la que ganó el prestigioso Premio Internacional Fantasy 1954, y *Venus plus X* (1960), las cuales lo colocaron en la cima del grupo más prominente de autores de ciencia-ficción, a la par de R. Bradbury, I. Asimov, A. C. Clarke, R. Heinlein y F. Leiber.

En estos últimos años ha escrito muy poco; en 1967, al aparecer: *Si todos los hombres*, hacía tres años que no publicaba; «El soñador» es uno de sus cuentos más recientes y data de 1972.

Sturgeon es un autor insólito en el género, primero por la preponderancia del factor estilístico sobre el argumental, y segundo por la temática de sus relatos.

Es notorio que las primeras obras de la ciencia-ficción inglesa, que surgió allá por 1926 con la revista *Amazing Stories* de Hugo Gernsback, era simplemente un desarrollo argumental sobre una idea científica. Esto, por supuesto, ha cambiado y Sturgeon es sin duda uno de los precursores del cambio, y al mismo tiempo un constante partícipe de este movimiento que está evolucionando hacia nuevas formas que lo aproximan al campo de la fantasía absoluta y el surrealismo, más próximo a Kafka que a Wells. Esta tendencia tuvo su cuna en Inglaterra y se gestó alrededor de la revista *New Worlds*. A pesar de no tener relación directa con esta publicación, es imposible separar su obra de las de J.

G. Ballard, S. Delany, B. W. Aldiss y M. Moorcock, su director, ya que siempre ha sido un escritor de vanguardia.

Desde el punto de vista argumental, Sturgeon siempre ha desarrollado conflictos netamente humanos, estén estos ambientados en extraños mundos del futuro, o en el cotidiano ambiente que nos rodea. Ha sido uno de los primeros en arremeter contra el tabú del sexo, en una incesante búsqueda de temas que, como él mismo dice, «generen fructíferas discusiones». A título informativo podemos destacar algunas de las primeras y más conocidas obras con temática sexual: W. Tenn con *Venus and the Seven Sexes*, 1949; P. J. Farmer con *The Lovers (Los amantes)*, 1961, *Flesh (Carne)*, 1960 y los cuentos agrupados en el volumen *Strange relations*, 1964; T. Sturgeon con «The World Well Lost» (cuento), 1953 y *Venus Plus X*, 1960; K. Vonnegut con «Welcome to the Monkey House», 1968; F. Pohl, con «Day Million», 1966 (cuento).

En sus relatos los hombres tienen más importancia que el ambiente donde estos se desarrollan, y los argumentos tienden a servir de meros vehículos para que los personajes expongan su pensamiento. Sus obras van perdiendo cada vez más la acción dramática, transformándose en tribuna de sus ideas personales.

Con respecto a los cuentos que componen este volumen, preferimos que ellos hablen por sí mismos, aun cuando no dejaremos de hacer algunas acotaciones al inicio de cada uno.

H. R. Pessina y J. A. Sánchez

EL SOÑADOR

(Case and the Dreamer)

- 1973 -

2.º del Premio Nebula (1974) [Relato]

14.º del Premio Locus (1974) [Novela Corta]

Con el título de Case and the Dreamer apareció por primera vez en la revista Galaxy en el número de enero de 1972.

Si la ciencia-ficción, al decir de Roger Caillois, es el moderno cuento de hadas de la era tecnológica, no podemos dejar de observar que este relato participa de todos los elementos del mismo.

El soñador parece una variante de dos cuentos famosos: «La bella durmiente» y «El príncipe encantado». En él, Case es el príncipe que necesita aprender a vivir; Jan, la princesa que yace en su féretro; el hombre azul, el hada buena; y el Soñador, la bruja; en el fondo buena y arrepentida.

Si en el momento exacto en que Case murió alguien hubiera apuntado con un rayo láser desde la Tierra (uno poderoso, de haz muy intenso) y, si usted hubiese podido transportarse en él un millar de años (usted no hubiese podido, claro está, y además nadie estaba apuntando, nadie sabía), en ese caso podría haber visto su ataúd.

En realidad, no fue diseñado para ser un ataúd. Pero las naves espaciales tienen módulos de salvamento para el caso de que fallen, y a su vez estos módulos tienen cápsulas de seguridad para cuando ellos fallan, y en algún momento el ataúd se había adecuado a ese objetivo, pero en la actualidad y a lo largo de todos esos siglos, era (y había sido), el ataúd de Case.

La cápsula yacía en su ingravidez, ya enmudecido el amplio espectro de llamadas de alarma, girando lentamente sobre si misma, impulsada hace tanto por un empuje largamente desaparecido, puesto que nunca se le dio orden de detenerse.

Case, con una edad de mil años y algunos cientos más y quizás un par de docenas y una fracción (sin embargo, ¿envejecen los muertos?) yacía en el sellado cilindro, vestido con su indumentaria de abordaje que ya en el pasado (incluso en ese pasado tan anterior de Case) se había transformado en algo prácticamente inexistente. Consistía en un uniforme de fajina con la cantidad de material estrictamente necesaria para sostener sus insignias: teniente mayor, junto con la espiral que simbolizaba su rama de servicio. «Ex» se podía leer en él; y en realidad significaba *Ex* en muchos niveles: exploración, extrasolar, extragaláctico, extra-temporal, etcétera, sin contar con que se podía utilizar tam-

bién en otros sentidos: expatriado, ex funcionario, *ex officio* y tantos otros como se quisiera, ya que al ingresar en la división Xⁿ, ningún hombre forjaba planes para sí mismo... por lo menos no en el caso de que estos planes incluyeran algún «aquí» o algún «ahora». Ni mucho menos algún «alguien»...

Un invisible e intangible «algo» rozó el ataúd una vez (solo una vez era suficiente) y entonces se hizo presente «algo» que no se encuadraba en ninguna de las experiencias de Case en bus exploraciones y descubrimientos, en la aventura íntegra de su vida consciente. Era un parpadeo rapidísimo, estroboscópica, que mucho más rápido de lo que el ojo podía captar o el cerebro registrar, se transformaba, con cada pulsación, en una estructura dos veces mayor que su tamaño anterior, hasta llegar a un punto distante solo diez metros del ataúd giratorio; allí se detuvo, resplandeciente. No puede decirse que hubiera habido deceleración en esa aproximación, ya que no hubo movimiento, según lo que se entiende como movimiento. Con cada pulsación, el vehículo (pues era indudablemente una astronave) dejaba de existir aquí para reaparecer allí. La distancia entre aquí y allí era controlable y podía variar enormemente; debía ser así, ya que su aproximación (si es que puede hablarse de aproximación en un navío que nunca se movió) duplicó su tamaño aparente en todas sus pulsaciones, excepto en las tres últimas, en las cuales fue «acercándose» metro a metro, y a veces, solo centímetros.

Al detenerse junto al ataúd se produjo una leve pausa, y luego, un disco no mayor que un platillo de café se desprendió del uniforme casco de la nave, osciló un momento cerca del ataúd que giraba lentamente, y luego giró, a fin de hacer coincidir ambas velocidades de rotación. Se ubicó junto a uno de los extremos del ataúd y emitió una sucesión de pequeñas llamas, después otra. El bólido fue haciéndose cada vez más lento, hasta que a causa de un tercer impulso se detuvo.

Se produjo entonces otra pausa mientras las emanaciones de la nave investigaban, alcanzaban, buscaban, tocaban, verificaban, comprobaban y volvían a comprobar. Luego, en el casco absolutamente liso se dibujaron nítidamente dos delgadas líneas, y después otras dos transversales formando un rectángulo, dentro del cual el casco pareció disolverse. El pequeño platillo se aproximó al ataúd y emitió nuevamente pequeñas explosiones, impulsada por las cuales, la cápsula se desplazó suave y exactamente a través de la intersección de las diagonales imaginarias que cruzaban la puerta.

Adentro, cuatro columnas de pálida luz anaranjada surgieron súbitamente de la cubierta, se hicieron cargo del ataúd y lo guiaron hasta completar su entrada, momento en el cual la abertura rectangular se oscureció, adquirió consistencia y se transformó nuevamente en la uniforme superficie del casco. Con un breve y penetrante silbido, reapareció la presión atmosférica, poniendo a la par la del exterior del ataúd con la que hubiera adentro. Luego los rayos anaranjados hicieron girar el ataúd y lo dirigieron hacia un punto ubicado en el mamparo frontal, en el cual una amplia abertura se dilató como un iris, dando paso a un alto corredor de sección oval iluminado por una pálida luz blanco-azulada que parecía no tener origen visible y no producía sombras. Volvió a cerrarse una puerta tras el ataúd, y este, impulsado por los haces de luz se desplazó suave y silenciosamente a lo largo del corredor, más allá de una serie de cerradas puertas ovales y escotillas herméticas, hasta llegar a una puerta abierta cerca del extremo más remoto del corredor. Aquí, los haces giraron nuevamente su carga y la deslizaron en un aposento donde fue ubicada en un espacio libre entre dos grandes hileras de instrumentos. La de la izquierda era aparentemente un tablero de control, aunque de cierta complejidad, pues no poseía botones o interruptores, sino solamente unos paneles con pequeños discos flotando a dos palmos de ellos, los cuales, una vez

activados, brillaban con distintos tonos y con intensidad variable que dependía del grado de su función. El de la derecha, en cambio, era simplemente un gran panel de indicadores. Para Case (en caso de haber estado vivo) sus lecturas y calibraciones hubiesen sido absolutamente incomprensibles.

En el espacio que rodeaba el ataúd, súbitamente apareció un hombre de color azul, encaperuzado y enguantado y cuyo cuerpo despedía una sutil luminiscencia no demasiado brillante; no parecía ser completamente transparente y sin embargo no era sólido; de algún modo daba la sensación de estar fuera de foco. En ningún momento tocó nada con sus manos pequeñas, y se movía sin dar un solo paso, parecía resbalarse de un lado a otro.

Se detuvo un momento, con las manos hacia adelante y la cabeza encaperuzada inclinada contemplando el ataúd, luego giró hacia los paneles de control. Diestramente activó una media docena de sistemas, pasando las manos entre la parte delantera de la consola y los flotantes discos, cada uno de los cuales se iluminó. Se abrió una esclusa situada en la pared delantera, y dos brazos metálicos llevando entre ellos una barra colectora semicircular de brillante luminiscencia se movieron a lo largo del ataúd, hacia adelante y hacia atrás. La acción del campo magnético de la barra tomó transparente la mitad superior del ataúd. Al terminar, los brazos se retrajeron sobre sí mismo, y la esclusa se cerró. El hombre azul repitió sus rápidos ademanes delante la consola y los brillantes discos flotantes retomaron su apagada apariencia original.

El hombre azul colocó las manos detrás de sí y estuvo un prolongado tiempo contemplando el cuerpo que yacía en el ataúd: los larguísimos brazos y piernas (en comparación con los suyos), los marcados arcos superciliares sobre los ojos del cadáver, los fuertes músculos pectorales y el chato estómago. Luego, se deslizó hacia el otro lado del ataúd y repitió su examen desde ese nuevo punto de vista,

inspeccionando cuidadosamente las agujas huecas todavía insertadas en los antebrazos, el casco de color bronceado ajustado al cráneo y el espeso cabello que escapaba de su borde; mayor lapso le llevó el examen de otro fenómeno (que alguna vez había sido la vergüenza y el embarazo de Case, transformado más tarde en bandera de desafío), su barba, que en sus últimos días de vida había crecido libremente mucho más allá de los límites permitidos por las normas de la división Xⁿ.

El hombre azul retornó entonces a los controles, y realizó una compleja secuencia de pases de manos. Nuevamente se abrió la esclusa en la parte delantera del aposento y un nuevo dispositivo apareció y rodó suavemente hacia el ataúd. A simple vista semejaba una pequeña porción de un planetario. Era un proyector múltiple equipado con varias lentes semiesféricas y con cubiertas de pequeños generadores de campos magnéticos altamente diversificados, así como también con juegos de brazos plegadizos. Las patas telescópicas del dispositivo se arquearon, y se ubicaron encima del ataúd y colocaron el proyector sobre él. Impulsado por las rápidas y seguras manos del hombre azul, el proyector cobró vida, emitiendo multitud de delgados rayos, algunos visibles y brillantes, azules, dorados, escarlatas; otros invisibles, pero débilmente perceptibles gracias a las vibraciones en la tenue atmósfera en la que se había sumido el aposento, para equipararla a la del interior del ataúd. Esos rayos eran exploradores y estimuladores; opresores y tractores; manómetros y analizadores; extractores de muestras; eequaliza dores y examinadores.

Sin pausa ahora, la máquina obtuvo sus resultados, y de acuerdo con ellos comenzó a operar. Manos mecánicas buscaron y abrieron los sellos. Algunos gases fueron mezclados e inyectados en el ataúd, mientras la atmósfera de la habitación variaba en consonancia con la de su interior para igualar su tipo, calidad y presión (proceso que no tuvo efecto alguno en el hombre azul) y por fin los sellos fueron rotos

y el ataúd se abrió. Mientras el cuerpo permanecía en el mismo lugar, la abierta cápsula comenzó a descender, hundiéndose al fin a través del piso. El cuerpo de Case parecía flotar en el aire, lo cual no era cierto, pues aunque todavía no se había aplicado la gravedad, los rayos tractores impedían que el cadáver se desplazara o moviera, en tanto que la máquina automática perforaba las cánulas conectadas a las agujas de los brazos, las cortaba a medida que el ataúd descendía y las reemplazaba. El mismo proceso fue seguido con el pequeño casco de bronce: todos sus conductores fueron analizados, duplicados, y el original separado y descartado. Un campo diatérmico ajustó lenta y paulatinamente la temperatura del cuerpo, y súbitamente distintas agujas salieron serpenteando y se introdujeron en las ingles, en la cavidad abdominal, en los costados del cuello. Cálidos fluidos comenzaron a correr por ellas, mientras distintos rayos presores manipulaban suavemente las articulaciones, los músculos, el pecho...

Repentinamente Case se sentó, pero nadie puede hacerlo flotando en el aire, sostenido por imperceptibles columnas de fuerza y con todo el cuerpo envuelto en cientos de cánulas flexibles, electrodos y sondas. Así y todo, su movimiento fue tan súbito, tan violento, que los veloces reflejos del hombre azul, más los increíbles reflejos mecánicos de los dispositivos de seguridad fueron incapaces de prevenir a tiempo su violenta reacción y el torturado grito que salió de su garganta: «¡Jan!». Sin embargo, eso fue el límite al que pudo llegar antes de que las dosis masivas de tranquilizantes llegaran a su cerebro y lo calmaran, durmiéndolo casi instantáneamente.

Dos cánulas fueron suavemente reemplazadas.

Una aguja rota hueca fue extraída y otra nueva insertada rápidamente en su lugar.

Pero un hombre dormido no es un hombre muerto. Dejadlo dormir, recomendó el computador maestro; el hom-